

Cádiz, á cuya junta y á circunstancias de parentesco con Saavedra, individuo de la regencia, debió su nombramiento de virey de México.

## II.

El 25 de Agosto de 1810, avisó el gobernador de Veracruz á la audiencia gobernadora, haber fondeado en aquel puerto la fragata *Atocha* procedente de Cadiz, conduciendo á don Francisco Javier Venegas, virey de Nueva-España.

El 14 de setiembre y en los momentos en que la conspiracion de Hidalgo era descubierta, hacia su entrada triunfal en México el derrotado de Uclés.

Venegas, dice un historiador, era alto, fornido, avinagrado; lábios gruesos, mirar ceñudo y amenazante, cabeza enorme é inclinada sobre el hombro izquierdo..... *sævuusille vultus*, como describe la historia á Domiciano.

Presentóse con una enorme *furia* alborotada, y gran patilla.

La *patilla* la usaban entónces en México, los *pachones* ó *esbirros* del tribunal de la Acordada, los *matones* y *toreros*: el andar era de un sargenton ó cabo furriel atufado y dispuesto á dar muchos palos.

Venegas prestó el *juramento* acostumbrado en la sesion del 14 de setiembre.

Ya hemos descrito las festividades de la colonia, reducidas á poner cortinas en los balcones, repicar incesantemente, quemar miles de cohetes, y hacer salvas de artillería, añadiendo el perpetuo clamoreo de vivas á sus magestades y á los vireyes.

El pueblo se divertia grátis, y formaba la diversion de sus amos, que le veian rebullirse en las plazas y seguir á las bandas de música, y pararse frente á palacio esperando que su excelencia el virey se asomara á recibir los aplausos y palmoteos.

## CAPITULO XIII.

## ENTRADA DE VIREY.

## I.

La junta de Sevilla habia nombrado virey de Nueva España á don Francisco Javier Venegas, uno de los militares que mas se habian distinguido en esa lucha del pueblo español con las hordas de Napoleon I.

Venegas concurrió á la célebre batalla de Baylen, y desde entónces fué derrotado en todos los combates.

Comandante en jefe del cuerpo de reserva que debia proteger los restos del ejército derrotado en Tudela, fué batido completamente en Uclés.

Diósele en seguida el mando en jefe del ejército de la Mancha, y despues de muchos movimientos y operaciones sobre Aranjuez y Toledo, fué derrotado en Almonacid, sobre lo que le hizo graves cargos el general Cuesta.

Cuando se verificó la invasion de las Andalucías y la disolucion de la junta central, se hallaba Venegas de gobernador en

Era ya tal el disgusto de las clases todas de la sociedad, que las fiestas cívicas no pudieron galvanizarlo.

El carácter dominante en nuestro pueblo es el de la sátira, así es que los grupos se ocupaban en examinar al nuevo mandarin y ridiculizarle.

Venegas venia aparejado á la francesa.

—Qué *furia!* amigo Marroquin, decia un torero á uno de los de su cuadrilla.

—Ya estamos de moda, respondió Marroquin; nuestra patilla es igual á la de su excelencia.

—De *patillas, botas y pantalon*, hechura de Napoleon.

—Cabalmente, y mira, Saca-vueltas, esa fisonomía nada tiene de simpática, yo conozco á los *bichos* desde que asoman en el toril: este tiene mala catadura, muy mala.

—La cabeza es de jabalí.

—Y nos ve con un desprecio, que parece perdonarnos la vida. Vive Dios que ya estoy harto de esta gente!

—Tú aborreciendo siempre.

—Sí, respondió Marroquin, aborreciéndoles; porque tengo mucho que vengar y puede que no esté lejos el día.

—Demonio! tu manía de siempre; vamos que hoy estás en cuerda para manejar la espada y harás lance en la *corrida* de esta tarde.

—Ya estoy mas que templado.

—Así me gusta verte.

—Ya me verás en ocasiones mejores.

—Cada vez que te escucho, me da mas tentacion el saber el motivo de tu enemistad.

—Mira, Saca-vueltas, que hay cosas que es mejor no mencionarlas, porque me pongo hecho un furioso.

—No comprendo nada.

—Es que cuido mucho de que no se me escape una palabra, porque temo no poderme contener.

—Yo soy tu amigo, Marroquin, soy hombre de pelo en pecho y no he de descubrir ni pizca.

—La verdad es que ya siento gana de desembuchar; figúrate que hace catorce años que guardo un secreto y ya me ahoga.

—Ya lo creo, á mí me seria imposible callar catorce horas.

—¿Y así quieres que te lo revele----

—Se entiende que hablo de cosas mias, enteramente mias.

—Eso es otra cosa.

—Entre paréntesis, tengo un calor endemoniado, vamos á remojar el gaznate.

—No está mal pensado.

Los dos toreros se dirigieron á la próxima vinatería y tomaron un trago de aguardiente, encendieron sus cigarros y se echaron á pasear por el atrio de Catedral.

—Vamos, Marroquin, dijo el torero Saca-vueltas: desembucha tu historia, que tengo apetencia de saberla.

—Voy á hacer el disparate de contarla; pero me juras no decir jamas una palabra?

—Te lo juro por nuestra patrona, y así me ensarte un toro por el redaño si digo esta boca es mia.

—Pues bien, óyeme con atencion.

—Todo me vuelvo orejas.

—Mi padre era rico, inmensamente rico; nació en Portugal.

—País de brujas.

—Precisamente---- y casó en México con una muchacha guapísima que fué mi madre.

—En paz goce.

—La pobre murió al dar á luz á unos gemelos.

Demonio!

—Yo soy uno de ellos. Mi madre era mexicana y nosotros nacimos en su país. Mi abuelita quedó encargada de cuidarnos, y mi padre caminaba con una deshecha fortuna en todos sus negocios. Comenzaron las envidias y las rivalidades en los negocios, y no sé que diablo de asunto se atravesó con uno de esos

señores de la audiencia y hasta con el virey Branciforte, á quien Dios confunda! que mi padre fué denunciado á la Inquisicion.

—Caracoles! eso pasa de castaño á oscuro.

—El cebo de tanta riqueza orilló á esos hombres infernales á levantarle calumnias espantosas.

—Malditos sean todos ellos! gritó el torero, que era un hombre de corazon excelente.

—Dijeron algo de hechizos.

—Qué mas hechizos que el oro!

—Alegaron que era portugues, y sin mas averiguacion aprehendieron á toda la familia.

—¿Y vosotros érais hechiceros tambien?

—Tambien.

—¿Y la santa de la abuela?

—Tambien.

—Vamos, que ya comienza á subírseme la sangre á la cabeza.

—Un año entero estuvimos en un calabozo horrible.

—¿Un año?

—Poco mas, hasta que un dia se notificó á mi padre que el inquisidor Núñez de Clavijero iba á proceder á las declaraciones.

—Te acuerdas de ese nombre?

—Perfectamente, como que he de buscar al miserable para *beberle la sangre*.

—Demonio! demonio! esas son palabras mayores.

—Y tan mayores que lo juro por la memoria de mi padre.

—Adelante.

—Mi padre estaba ignorante del motivo de la acusacion.... Mira, Saca-vueltas, tú me has hecho hablar, y esto me indica que despues de un silencio tan grande va á caer fuego del cielo.

—Prosigue.

—Noche espantosa!.... me parece ver el salon: estaba envuelto en tinieblas, solo se distinguían los aparatos del *tormento*.

—Hasta se me encrespan los cabellos, dijo el torero.

El inquisidor Núñez de Clavijero estaba arrebujaado en un manto negro, y tenia puesto un birrete tambien negro que le llegaba hasta las cejas; su faz estaba amarilla, como una vela de cera, y sus manos algo trémulas.... con aquella mano dió la señal de muerte!.... Es necesario que lo sepas todo.... mi padre, al verse presa de una traicion tan desleal é infame, se indignó con esa energía de los hombres honrados, y vertió palabras tal vez inconducentes.

—Y entonces?

—Entonces, aquella mano trémula y descolorida se alzó, y.... rayos y truenos!

—Hola! hola! gritó el torero.

—El verdugo se adelantó y puso á mi padre sobre unos maderos en forma de cruz.... rechinó la madera y los huesos de mi padre crugieron....

—Que cargue el infierno con esa gente! exclamó Saca-vueltas dando un puñetazo en el muro de la catedral.

—Mi padre dió un alarido espantoso, al que respondí con otro mas hondo de dolor. Dos enmascarados, sin compadecerse de aquella situacion, le descargaron sobre el pecho, un golpe con una vara de hierro que se introdujo en el pecho de donde salió un torrente de sangre.

—Eso es mas que inhumano, es bárbaro!

—Aquella sangre salpicó mi rostro y aun la siento arder sobre mi frente!....

—Marroquin, tú has sufrido lo que ningun hombre.

—Sí, aun falta todavía.

—Ira de Dios!

—Me volví para estrechar á mi hermano á quien sentia temblar junto á mí.... estaba en el suelo con los ojos desencajados y los brazos contraídos.... habia muerto de terror!....

—Abominacion!.... infamia!....

—Sí, dijo Marroquin con voz ronca, en aquel salon habia dos cadáveres.... el de mi hermano y el de mi padre!....

Algo debió notar el torero en el semblante de su amigo, porque con voz trémula le dijo:

—Marroquin, llora, da de gritos, mira que te vas á sofocar.

El jóven no respondió.

—Que llores, con dos mil demonios!----- mas valia que hubieras callado siempre!----- Vamos! que uno no es de piedra----- y-----

—No importa! balbutió Marroquin.

—Pero eso ya debe haberse calmado con el tiempo.

—El tiempo!----- el tiempo!----- tú ignoras que hay llagas que el tiempo las ahonda en vez de cicatrizar----- la mia es una de ellas----- yo necesitaba algo que apagase la sed de venganza que me consume desde entonces----- al fin encontré algo en que desahogarme y acepté esta profesion de sangre y de peligro----- Cuando me ves blandir la espada sobre el terreno y aguardar á la fiera con serenidad, no creas que es valor, es que hay algo dentro de mí que me impulsa á la muerte, á paladear la sangre, á empaparme en ella----- entonces mis recuerdos se exaltan, creo que mi hora ha llegado, veo en el toro al fantasma de mi venganza, y lo acometo y lo extermino y lo derribo y lo venzo!----- sí, mi brazo está empapado en sangre hirviente, yo, jadeante de cansancio y satisfecho!-----

—Tienes razon!

—Por la noche sueño, sueño con las visiones de mi memoria, con el mundo oscuro de mis recuerdos----- y me agito en negras pesadillas y me parece oír á lo lejos la voz de mi destino-----

—Este hombre me asusta, pensó el torero. Vamos, Marroquin, se hace tarde y la corrida comienza á las cuatro.

—Vamos

## II.

El virey se entró en el salon de palacio, leyó los despachos de la junta y una larga lista de condecorados, concluyendo con una exposicion *sencilisima* en que pedia á los leales vasallos de su magestad un préstamo de *veinte millones* de pesos.

Acabada la ceremonia se dió un convite espléndido, que no supo bien á las autoridades despues de la píldora de los millones.

A las cuatro de la tarde avisaron á su excelencia que se le esperaba en la plaza para comenzar la corrida de toros que se hacia en celebracion de su llegada á la capital del reino.

En la plazuela del Volador, donde hoy existe el mercado principal, se improvisó la plaza de toros.

Unos palcos preciosamente adornados con trofeos y banderas y una suntuosa galería, formaban el círculo.

Distinguíase el palco del virey por su lujosa ostentacion.

Cuatro músicas de viento alternaban, y la multitud inmensa que poblaba la plaza no cesaba de gritar.

Presentóse su excelencia y fué saludado estrepitosamente por el pueblo y los grandes.

Sonó el clarín y la cuadrilla de toreros salió por la puerta que veia al palco de la autoridad.

Marroquin era el capitan: traia un vestido de seda carmesí con borlas y fleco de oro.

La chaquetilla y la gorrita cargados de bordados magníficos, las medias de seda finísima, y las zapatillas de seda con moños de oro y listones carmesí.

La camisa de batista, y la corbata bordada de oro.

Marroquin era un buen mozo, lucia con todo su esplendor su cuerpo gallardo y su pantorrilla.

Los ademanes eran estudiados, y tenia, sin saberlo, las reglas estrictas de la mímica.

Saca-vueltas era el segundo capitan: su arreo era de azul y plata, tan rico y lujoso como el de Marroquin.

Seguia el resto de la cuadrilla tanto de á pié como de á caballo, vestidos con un gusto esquisito.

Llegóse aquella deslumbrante comitiva, saludaron todos al virey y se dispersaron por la plaza.

Los caballos ganaron á escape los lados del toril.

Cesó la gritería por un momento en espera de la señal.

Oyóse el eco del clarin, y las puertas del toril se abrieron.

Un arrogante toro de Atenco se dejó venir sobre la arena.

Plantóse en la mitad del estadio, reconoció el terreno, escarbó la tierra con su pata y buscó enemigo con quien combatir.

Fijóse en un ginete que se le acercaba á galope tendido... retrocedió algunos pasos y se lanzó sobre él con ese arranque indomable de su raza.

El hábil *picador* lo recibió con la *garrocha* conteniendo su empuje terrible.

Un aplauso se levantó de aquel mar de gente.

Bramó el toro y buscó instantáneamente la revancha.

Entonces el ginete, queriendo repetir su golpe, no cuidó de presentar el menor blanco á la fiera, y ladeando el caballo mas de lo que debia, segun las reglas de la tauromáquia, se encontró en una postura incómoda que le impedia manejar su arma con la extension de su fuerza.

El toro dió sobre el flanco é introdujo el asta en el vientre del caballo, levantándolo en peso con el ginete... ¡asombro de fuerza y de bravura!

Aquella situacion no podia prolongarse; derrumbóse el animal herido, dejando cogido al ginete por una pierna.

El grupo de toreros se lanzó á defender al picador, que pugnaba por zafarse de la silla.

El toro se encontró rodeado, y separando sus astas ensan-

grentadas comenzó á seguir á los toreros que no cesaban de agitar sus capas para atraerle.

El picador pudo entre tanto salvarse.

El caballo, pisándose las vísceras, desapareció por una de las puertas para espirar á pocos momentos.

Un segundo toque de clarin sonó en el palco del virey.

Saca-vueltas se presentó en la arena llevando en sus manos unas elegantes banderillas con listones donde se leian varios lemas.

Púsose en el centro de la plaza, dió tres golpes con el pie en la arena y llamó á gritos al toro.

La fiera se sintió provocada, y cerrando los ojos se vino en derechura del torero ufano de su primera victoria.

Saca-vueltas no esperó mas, se lanzó en su busca, encontrándole á poca distancia, y con una habilidad reconocida le colocó las banderillas y zafó el cuerpo con una evolucion sorprendente.

Un golpe de música saludó al torero, que con el mismo éxito banderilló repetidas veces á la fiera.

Un tercer toque hizo callar á la música y guardar silencio á la multitud.

Marroquin, sin apercibirse de que el toro estaba á corta distancia, se adelantó pausadamente hasta colocarse frente al palco principal, pidió la *vénia*, y tomando la espada buscó al toro para darle la muerte.

Despejóse la plaza enteramente.

El hombre y la fiera quedaron solos en el terreno.

La lucha era desesperada.

Marroquin ocultó el arma echando hácia atras el brazo con que empuñaba el acero, y con la otra mano agitó su lienzo encarnado provocando la embestida del toro.

La fiera entró en recelo y escarbaba la arena mas y mas lanzando nubes de polvo.

Marroquin hizo varios movimientos para azuzarle hasta conseguir se le viniese encima.

Esquivó por tres veces el golpe; la fiera empeñada en desaparecerle, hizo su último esfuerzo concentrando todo su empuje.

Entonces el torero tendió la espada sobre la muletilla, le esperó á pie firme y le introdujo el acero, que penetrándole en el corazon, le hizo rodar instantáneamente por la arena.

Marroquin apoyó su pie sobre la cabeza del toro y saludó vencedor á la concurrencia.

Las señoras agitaban los pañuelos y las músicas tocaban himnos marciales.

Un aplauso unánime, atronador, gigante, se levantó por todo el ámbito de la plaza como un homenaje al valor y destreza del torero.

El virey arrojó multitud de monedas de oro, lo mismo que los concurrentes.

Marroquin volvió á la barrera, dejando que uno de los toreros recogiera las galas.

Siguió la corrida con lances mas ó menos difíciles, manifestando siempre la cuadrilla su pericia y habilidad.

En medio de la gritería se distinguió un acento robusto, que sobresaliendo entre aquella tempestad, decia claramente:

—Desquítate con los toros! desquítate!---- toda es sangre!... toda es sangre!---- Marroquin!---- Marroquin!---- acuérdate de tu padre!----

Volvióse Marroquin lleno de coraje buscando á la persona cuyo acento respondia á los gritos de su corazon, y se encontró con el loco Antonio Pedraja, que riendo á carcajadas no cesaba de gritar: ¡toda es sangre!---- ¡toda es sangre!----

## IV.

El virey se retiró antes de que concluyera la funcion; porque en la misma plaza recibió unos pliegos de la mayor importancia.

—Hay alguna novedad? se atrevió á preguntarle el regente que se hallaba en su mismo palco.

—Hemos estado á punto de tenerla, y muy grave, respondió Venegas; ya verán como me porto; afortunadamente ya están en nuestro poder los perturbadores; sin tener la pretension de justiciero como el conde Revillagigedo, verán si sé hacerla y muy cumplida: este será mi primer acto en el gobierno de las Indias.

Aquel hombre ignoraba que en aquellos momentos estaba próximo á su erupcion el volcan revolucionario.